

UN PREMIO NOBEL PARA UN REALISTA MAGICO

El hecho de que el escritor colombiano Gabriel García Márquez haya sido el ganador del Premio Nobel de Literatura en 1982 no es un hecho sorprendente en sí mismo, García Márquez es un escritor sumamente conocido y su obra es realmente importante tanto dentro como fuera del continente americano. Si merecía el premio antes o después de autores como Carpentier o Borges es discusión aparte, pero que no disminuye la validez de la asignación en sí misma. No sorprende, pues, que un escritor de la talla de García Márquez haya sido premiado con el Nobel de Literatura de 1982.

Lo sorprendente comienza cuando el colombiano se presenta a recibir el premio: en vez de llegar vestido de etiqueta, como todo el mundo, llega con un traje tradicional de su país. La cosa no para ahí; García Márquez dedica su premio a un movimiento de izquierda radical: nada menos que a la guerrilla salvadoreña y eso sí que es sorprendente y del todo inusual en ese tipo de eventos. Porque ciertamente todo puede esperarse que suceda dentro del gremio de escritores y artistas: un Jean Paul Sartre, por ejemplo, se da el lujo de rechazar el premio Nobel de Literatura. También todos sabemos que hay "implicitos" políticos en la asignación de los premios Nobel; así, no es casual que se haya concedido el Premio Nobel de la Paz a Kissinger o a Begin-Sadat. Sin embargo, lo verdaderamente sorprendente en el caso de García Márquez es que se hizo "explicito" algo que posiblemente ni se soñaba que pudiera estar latente como un "implicito" importante. Es verdad que García Márquez ha sido ampliamente conocido como pensador de izquierda, pero de ahí a que dedicara su premio al movimiento insurgente de El Salvador es algo que rompió todo pronóstico y que

quebró toda convencionalidad. Fue demasiado lejos García Márquez en hacer "explicitas" motivaciones y consideraciones que quizás nunca estuvieron presentes en las mentes de quienes le concedieron el premio.

Sin embargo, quien está familiarizado con la "magia" que transparenta la realidad latinoamericana no se sorprende ya ante estos hechos. En nuestra América Latina hay un cierto tipo de relaciones "insólitas" entre las cosas. García Márquez no hace más que "explicitar" en un acto público el secreto vínculo que hermana el mundo de Macondo, los Buendía y Melquíades con el movimiento insurgente de El Salvador. La realidad americana es una **Realidad mágica** —se ha dicho tantas veces— y las obras literarias lo que hacen es poner de manifiesto mediante el acto público de la escritura esas secretas "cualidades" de las cosas.

Tratemos, pues, de desentrañar un poco las leyes de **Cien años de soledad** —obra cumbre de García Márquez en que se da como concentrado el llamado **Realismo mágico**— para precisar aquellos vínculos a que nos referíamos antes.

Se trata de un **realismo** porque podemos reconocer en el habla de los personajes, en sus costumbres, en las instituciones sociales hechos y datos de la vida real. Lo peculiar está en que estos hechos "reales" se ven interferidos constantemente por sucesos "sobrenaturales": los muertos deambulan por las casas y platican con los vivos (el compadre muerto por José Arcadio se aburría en la otra vida y se aparecía para platicar con su asesino; después de muerto, Melquíades sigue habitando un cuarto de la casa); las cosas se comportan de un modo extraño (la sangre corre calle arriba; un montón de mariposas amarillas acompaña aun en su tumba a Mauricio Babilo-



nia); hay levitaciones (el padre Nicanor Reyna se eleva unos centímetros después de tomar una taza de chocolate caliente) y ascensiones (Remedios la Bella sube al cielo asida a una sábana), etc., etc.

El resultado es la aparición de un mundo que se nos antoja a medio camino entre la realidad y la pura fantasía. Una especie de meta-realidad, una nueva dimensión, un mundo paralelo al nuestro en que lo cotidiano se contagia con la magia ambiente y los hechos "sobrenaturales" se suceden y se nos presentan "como si" fueran reales.

Pero también existe un rasgo importante: esta nueva **naturaleza** de las cosas se transparenta, se hace patente gracias a una nueva **naturalidad** con que se nos comunica: como quien no quiere la cosa y con una gran vivacidad García Márquez va describiendo los hechos, mezclando lo extraño y lo cotidiano, la vida y la muerte, el sueño y la vigilia, el pasado, el presente y el futuro.

Viene entonces la pregunta: ¿y qué tiene que ver todo esto con nosotros los salvadoreños?

Aunque no sea ni mucho menos la explicación, vamos a intentar una respuesta dentro de los términos que nos venimos planteando.

Todos sabemos que pasamos por un momento crítico en la historia de nuestro país. Las injusticias sociales, la ceguera de los sectores dominantes y de sus fieles servidores han dado como resultado un elevamiento de la cuota de

represión, de terror. Esas circunstancias exacerbaban en el conglomerado unas respuestas humanas cada vez más elementales: un sentimentalismo casi infantil que induce a echar por la ventana toda la ayuda que se puede en las famosas campañas televisivas; un deseo de aferrarse a lo que sea (una secta religiosa, unas elecciones "democráticas") con tal de encontrar una "salida" al desempleo, a la angustia cotidiana; un afán de espectáculos y diversiones (ferias y actos culturales) aun en medio de las balas, etc., etc.

Estamos, pues, en un mundo en que, a base de terror, se ha constreñido al mínimo la explicación racional del fenómeno y se ha delegado al instinto y al sentimiento para que lo expliquen. Por eso, no es de extrañar que el problema de fondo aparezca planteado maniqueísticamente: nosotros somos los "buenos" y ellos, los "malos". Todo lo que nosotros hagamos está "justificado" y aun "bendecido" por cierto sector de la **jerarquía eclesiástica**; todo lo que ellos hagan, en cambio, es "delito", es "pecado". Ellos representan intereses "foráneos", son hijos mal nacidos; nosotros, por lo contrario, somos los "patriotas", los verdaderos "hijos de la patria", etc., etc.

Pero también a un planteamiento simplista del problema se corresponde —como en los cuentos de hadas— una solución simplista: el hada madrina usa su varita mágica y colorín colorado el problema se ha acabado; la solución está en ex-

pulsar a esos “malos hijos” que no tienen ningún respaldo popular, etc. Y entonces es que la **realidad** corrige los simplismos y las unidimensionalidades; y las cosas se empiezan a presentar saliéndose del cauce esperado, no tienen una explicación “lógica”, son “inconcebibles” (dotadas de “magia”, pero de la “mala”). Así, por ejemplo, la monolítica y casi mítica unidad de los “buenos” (tal es la “racionalidad” de su causa) se ve quebrada en mil pedazos cuando no funcionan los medios “mágicamente” contundentes para acabar contra los “malos”. ¿Qué pasa, pues, que no se acaban esos pérfidos si están aislados, repudiados, odiados por todos los que “piensan” y por todos los que “quieren” a su país? ¿Por qué, si los partes oficiales dicen que ya están acabados, pululan y se reproducen como si fueran hormigas? ¿Qué conjuros mágicos practican, qué brebajes preparan para hacerle “contra” a nuestra “lógica” y bendita, “mágica” y divina solución? ¿No será que no es tan simple el planteamiento y que si perduran bien puede ser porque representan una “magia” más acorde con los requerimientos de nuestro suelo y de nuestra historia?

Sin embargo, a pesar de estos lógicos razonamientos posibles, la ceguera de los opresores se ha convertido en una especie de maldición y el

veredicto de García Márquez es contundente: verán su descendencia convertida en un monstruo con cola de cerdo y tendrán que aceptar que para ellos sólo hubo **Cien años de soledad** porque fueron incapaces de ver los signos de los tiempos, porque fueron incapaces de abrirse a una nueva “magia” del ambiente, una “magia” que hermana a los hombres y a las cosas, una “magia” que da poderes aparentemente sobre-humanos a los hombres porque los hace salir victoriosos aunque se enfrenten a cientos de batallones acorazados.

Pero no es porque practiquen ritos secretos ni porque beban pociones misteriosas. Es porque la “magia” de la historia está pasando por sus carnes y sus vida. Es por ese **elan** transformador; por esa capacidad infinita de **asombro**; por ese afán **impostergable** de **crear**, de imaginar mundos mejores, de entregarse en cuerpo y alma a transformar la tierra.

Todo esto constituye el “implícito” que sacó a la luz la actitud inusual, anticonvencional —mágica— del gran García Márquez. Mago sin su frac, se sacó de la manga el ron cubano para brindar por la historia que se está gestando... aquí en El Salvador.

R. D.

